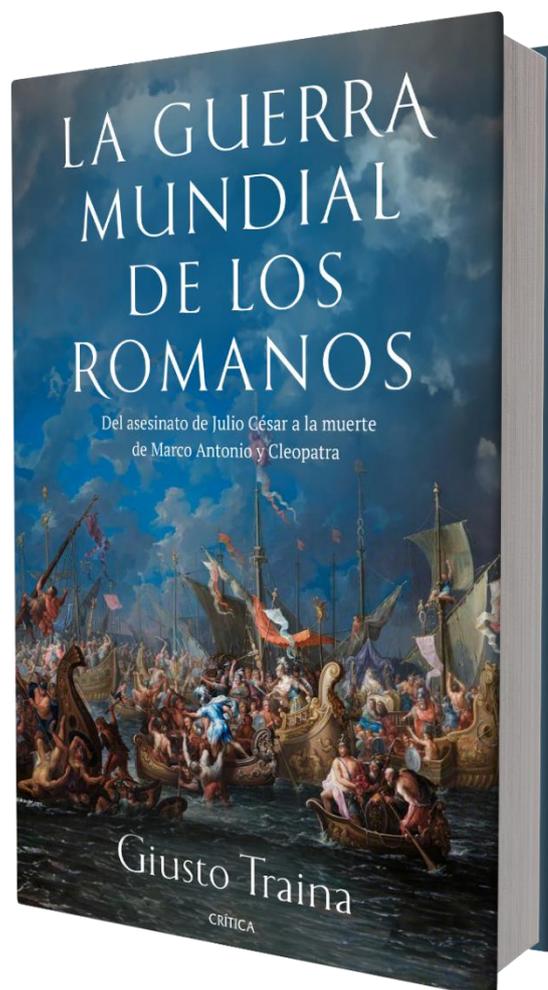


CRÍTICA

GIULIO TRAINA
LA GUERRA
MUNDIAL
DE LOS
ROMANOS

Del asesinato de Julio César a la
muerte de Marco Antonio
y Cleopatra



A LA VENTA EL 4 DE SEPTIEMBRE

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
689 771 980/ easpas@planeta.es

SINOPSIS

El fin de la República fue, desde el punto de vista de las fuentes romanas, un largo siglo marcado por guerras civiles: Mario contra Sila, César contra Pompeyo y Octaviano contra Marco Antonio. Guerras que podrían parecer solo ajustes de cuentas entre facciones romanas, interrumpidas por campañas contra bárbaros o rebeldes, pero, en realidad, fueron algo mucho más complejo.

Desde Hispania hasta Mesopotamia, la perspectiva se volvió global. Porque ante esta expansión, bereberes, hispanos, galos, griegos, tracios y armenios ocuparon la primera fila de estos espectáculos trágicos de las guerras civiles romanas de las que dependía su destino, por lo que fueron más que peones en el tablero del Imperio romano. Junto a Octaviano o Antonio, hubo otros extranjeros menos conocidos que Cleopatra implicados en el Gran Juego entre Roma, los partos y los demás pueblos vecinos: el moro Bogud, el cilicio Tarcondimoto y el armenio Atravasdes, que influyeron en la política interna republicana.

El período entre el asesinato de Julio César y los suicidios de Marco Antonio y Cleopatra estuvo plagado de una sucesión de guerras civiles que, mezcladas o combinadas con conflictos en otros escenarios europeos y asiáticos, se puede considerar que dieron lugar a una guerra mundial.

EL AUTOR



©Vito Pastorino

GIUSTO TRAINA es un historiador italiano, profesor de historia romana en la Universidad de París Sorbona-París IV, miembro de alto rango del Instituto Universitario de Francia.

ALGUNOS EXTRACTOS

PRÓLOGO. El fin de la República romana: ¿guerra civil o guerra mundial?

«Para los romanos, el fin de la República fue un largo siglo marcado por las guerras civiles: Mario contra Sila, César contra Pompeyo, Octaviano contra Marco Antonio, por mencionar tan solo los conflictos más largos y cruentos.»

«No se trataba, por lo tanto, de un conflicto corriente, sino de una auténtica guerra en mayúsculas, que duró catorce años: desde el asesinato de Julio César en el año 44 a. C. hasta la victoria definitiva de Octaviano sobre Antonio y Cleopatra en el 30. Según este esquema, destinado a los escolares del Principado romano, las guerras del final de la República aparecen como una serie de ajustes de cuentas entre romanos: una guerra entre facciones interrumpida en determinados momentos para luchar contra los bárbaros o los rebeldes. La victoria final de Octaviano, que en el año 27 adoptó el nombre de Augusto y propició el paso de la República al Principado, puso fin a las guerras civiles.»

«Su perspectiva era mundial. Este término podría parecer anacrónico, porque antes del siglo XIX no se habla de «guerra mundial». De hecho, los antiguos conocían perfectamente la diferencia entre un conflicto ordinario y una «gran guerra». Asimismo, los romanos eran conscientes de que sus guerras civiles, por lo menos a partir de mediados del siglo I antes de nuestra era, habían alcanzado una dimensión internacional, desde Hispania hasta el Imperio parto.»

«Por otro lado, no se pueden analizar los acontecimientos del final de la República sin comprender el reto militar más importante: la continuación de la gran expedición a los Balcanes, y después a Oriente, preparada por César e interrumpida por su asesinato. Como veremos más adelante, Octaviano y Marco Antonio trataron de llevar a cabo esta tarea, pero con resultados mediocres.»

«Desde la perspectiva histórica tradicional, centrada en Roma y en Italia, los pueblos vecinos habrían asistido, más o menos de cerca, a las guerras civiles de los romanos en calidad de peones de un juego sobre el tablero del *Imperium Romanum*. Bereberes, hispanos, galos, griegos, tracios y armenios habrían ocupado la primera fila de estos espectáculos trágicos de las guerras civiles romanas de las que dependía su destino.»

«[...]trataremos de proponer un nuevo equilibrio despojando a los extranjeros de su papel de personajes secundarios. Junto con Octaviano y Antonio, y otros romanos más o menos importantes, hubo otros extranjeros menos conocidos que Cleopatra implicados en el Gran Juego entre Roma, los partos y los demás pueblos vecinos: el moro Bogud, el cilicio Tarcondimoto y el armenio Artavasdes.»

INTRODUCCIÓN. El último proyecto de Julio César

«La muerte violenta de Julio César interrumpió bruscamente todos sus proyectos, a partir de su campaña oriental. El dictador debería haber partido de Roma el 18 de marzo del año 44 para unirse a las legiones que ya habían atravesado el Adriático, pero el día 15 — los idus de marzo según el calendario romano— fue apuñalado por un grupo de conspiradores.»

«El objetivo del dictador era reanudar las hostilidades contra el imperio iraní, que se extendía desde Mesopotamia hasta Asia central. Entre los años 54 y 53, los partos habían reaccionado a la tentativa de invasión de la Alta Mesopotamia por el gran ejército del ambicioso Marco Licinio Craso: en torno a cuarenta mil hombres, legionarios y auxiliares que la caballería iraní y sus aliados detuvieron y aniquilaron el 9 de junio del 53, en la llanura de Carras [...]. Craso no había previsto ni la reacción ni la superioridad táctica del enemigo [...].»

«Después de Carras, los partos y sus aliados árabes no dejaron de hostigar a la provincia romana de Siria. En el año 51, contando con la superioridad de sus fuerzas y con la tenaz resistencia de la población local frente a la dominación romana, llegaron hasta las puertas de Antioquía. Sin embargo, la guerra civil entre Pompeyo y César retrasó las operaciones.»

«En el verano del año 47, César se trasladó a Siria y después a Cilicia y restableció el orden en el Oriente controlado por los romanos. Buena parte de los antiguos aliados de Pompeyo le pidieron perdón. El dictador les concedió clemencia haciendo gala de su reputación, y de una de las cualidades de su política, mediante el pago de un tributo.»

«No obstante, César no podía permanecer más tiempo en Oriente, porque tenía que acabar con la guerra civil contra los hijos y los aliados de Pompeyo, primero en África y después en Hispania. Es más, durante su prolongada ausencia, en Roma se habían desatado revueltas. Había que regresar enseguida.»

«[...] César apuntaba a los dos polos estratégicos de Oriente: el mar Negro y Mesopotamia. Ninguna de estas regiones estaba enteramente bajo el control de Roma.»

«Los romanos eran conscientes de las ambiciones de César, que se confirmaron cuando celebró, en el verano del 46, una serie de triunfos espectaculares, consagrando cuatro ceremonias a sus victorias en las cuatro partes del mundo: la Galia, África, el Ponto y Egipto. El pueblo vio entonces desfilar carros cargados de botín y de prisioneros.»

«Al mismo tiempo, se tomaba una revancha póstuma sobre Pompeyo, su eterno rival, cuyos tres triunfos celebrados en el año 61 habían ofendido su prestigio. Sin embargo, aunque hacía soñar al pueblo romano, suscitaba también las críticas de algunos senadores, sobre todo porque al año siguiente, en octubre del 45, César celebró un triunfo sobre Hispania: en realidad, un triunfo sobre los pompeyanos. Numerosas puestas en escena presentaban estas victorias como si fueran exteriores, minimizando el problema de las guerras civiles.»

«En el año 46, en la primera *Carta a César*, el historiador Salustio observa que la única causa posible de la caída de Roma sería la recurrencia de las guerras internas que, mediante el desgaste de los ciudadanos, abrirían las puertas a reyes y bárbaros.»

«Evidentemente, en Roma se decía que la fama de Alejandro se debía a que solo se había enfrentado a los orientales, que eran pésimos guerreros. Sin duda no habría logrado vencer a las legiones romanas ni a los feroces bárbaros de Occidente. Las conquistas romanas se extendían ahora desde Occidente hasta Oriente y abarcaban tierras en las que el macedonio jamás había puesto los pies. No obstante, el mito de Alejandro conservaba toda su fuerza.»

«Mientras visitaba el templo de Hércules, [César] vio una estatua de Alejandro que le hizo exhalar «un profundo suspiro, un lamento por su inacción; y reprochándose el no haber realizado todavía nada memorable a la edad en que Alejandro ya había conquistado el universo, presentó inmediatamente su renuncia al cargo, con el fin de regresar a Roma y aprovechar cuanto antes la ocasión de distinguirse.»

«Tiempo después, en la primavera del año 47, después de ayudar a Cleopatra a ganar la guerra dinástica y conseguir el trono de Egipto, César la acompañó por el Nilo (ya estaba encinta de un hijo suyo), al frente de una flota de cuatrocientas naves, en su recorrido por el país. Según Suetonio, él habría querido llegar hasta los confines de «Etiopía», el África negra, es decir, hasta la primera catarata, pero el ejército se negó a seguirlo.»

«La situación en los Balcanes era crítica, no tenía nada que envidiar al «polvorín» de los siglos XIX y XX. En Dalmacia, las tribus locales habían acogido a los supervivientes pompeyanos y provocado el malestar de los subordinados de César que los perseguían.»

«El proyecto de una campaña oriental de César, que quedó interrumpido por su muerte, fue una de las causas de su asesinato. El dictador había reunido un numeroso ejército y de gran valor. La mayoría de estos hombres estaban ya al otro lado del Adriático, en la provincia de Macedonia, donde esperaban a su general. Entre ellos Octavio, el joven heredero de César.»

PRIMERA PARTE. El mundo después de los idus de marzo

«El día de los idus de marzo, el joven Octavio se encontraba en Apolonia de Iliria, al otro lado del mar Jónico, adonde el dictador lo había enviado «para su educación.»

«La noticia de la muerte de César la trajo un liberto enviado por Atia, la madre de Octavio. El joven y sus amigos estaban a punto de cenar. Los habitantes de Apolonia, que todavía no estaban al corriente, habían intuido, sin embargo, que algo grave acababa de ocurrir y acudieron a Octavio. Los notables le rogaron que se tomase su tiempo y que permaneciese en la ciudad amiga a la espera de nuevos acontecimientos. En cambio, Agripa y Salvidieno Rufo le propusieron que se dirigiera a Roma al frente de un ejército de veteranos.»

«Con la perspectiva de recuperar el carisma de su padre adoptivo, Octavio partió hacia Italia, donde encontró a hombres dispuestos a seguirlo. Evocará esta decisión justo al inicio de su testamento político, un texto que los modernos denominan sus *Res gestae*: «A los diecinueve años de edad alcé, por decisión personal y a mis expensas, un ejército que me permitió devolver la libertad a la República, oprimida por el dominio de una facción tiránica». Antes de retomar los proyectos de César, había que asegurar, en primer lugar, un ejército (privado), pero también una base consolidada en el centro del poder romano.»

«Entretanto, los cesaricidas Bruto y Casio habían obtenido una «amnistía» (en griego *amnēstia*, «olvido»), promulgada por el cónsul Marco Antonio para evitar el peligro de una guerra civil.»

«En resumen, Octavio no estaba preparado para recoger el legado político de César. Pese a que el objetivo principal era vengar la muerte del dictador, también había que neutralizar a los potenciales rivales, empezando por el cónsul Marco Antonio, que había sabido aprovechar la oportunidad del funeral del dictador al que Octavio no había podido asistir. Sin embargo, poco importaba, porque el testamento de César ya se había abierto y los romanos habían sido informados de que el dictador lo había adoptado y le había legado gran parte de su patrimonio. Pero la situación se transformaba, y con razón. El carisma de Marco Antonio dependía sobre todo de su gestión de la herencia de César. Ahora bien, la entrada en escena del joven lo trastocó todo. No solo reclamó la herencia de su padre, sino que estaba dispuesto a rebajar el papel del cónsul.»

«En Italia la situación era cada vez más compleja. Cicerón había empezado a redactar las *Filípicas*. La *Segunda Filípica* era un verdadero manifiesto contra Antonio, es más, una «biografía no autorizada», y, de hecho, una incitación a eliminarlo. Durante el tiempo que pudo, Antonio respondió a los insultos de Cicerón acusándolo de haber sido el principal instigador del asesinato de César.»

«Los años siguientes estuvieron marcados por la incertidumbre de las relaciones entre Marco Antonio y Octaviano. Su oposición respondía en gran medida a su naturaleza. En primer lugar, había una brecha generacional (Marco Antonio tenía unos cuarenta años, mientras que Octaviano solamente diecinueve), y ambos, a su manera, se erigían en herederos de César: uno legítimo y el otro espiritual. También influían sus preferencias religiosas: el antiguo brazo de César se identificaba con Dioniso, dios de la embriaguez y del exceso, mientras que el joven César con el más racional Apolo, y estos dioses parecían regir sus comportamientos.»

«A partir del año 44, Octaviano y Antonio «actuaban totalmente el uno contra el otro, pero sin enfrentarse todavía abiertamente, y aunque en realidad ya habían entrado en guerra, por lo menos se esforzaban por ocultarlo bajo las apariencias.»

«Los intentos de los conservadores por restablecer el orden republicano provocaron efectos colaterales. Veremos que la «amnistía» de Bruto y Casio les permitió, tras las primeras semanas de confusión, ocupar posiciones de poder en Oriente. En Occidente, otro personaje se aprovechó del desorden político y militar: Sexto, hijo pequeño de

Pompeyo, que había sobrevivido a la guerra de Hispania de César, al contrario que su hermano mayor, Gneo el Joven, cuya cabeza cercenada fue exhibida públicamente en *Hispalis* (Sevilla). Teóricamente, César había «pacificado» Hispania, pero Sexto consiguió huir, sin duda, con ayuda de los aristócratas locales y los colonos romanos, siempre fieles a la causa pompeyana.»

«La noticia de la muerte de César se difundió muy rápidamente entre los pueblos galos y, en Roma, muchos temieron revueltas, sobre todo en las tribus germánicas de la Galia Bélgica. A finales del mes de marzo, llegaron noticias bastante tranquilizadoras: los germánicos declararon su obediencia a Roma.»

«En África, aprovechando el clima de confusión que se había producido después de los idus de marzo, el príncipe nómada Arabión recuperó una parte de las tierras que había tenido que abandonar en el año 46 a. C., tras la victoria de César en África y la ocupación del reino de su padre Masinisa II. Como Sexto Pompeyo controlaba el estrecho de Gibraltar, Arabión podía conseguir el aprovisionamiento de sus hombres a cambio de prestar estos últimos a los pompeyanos, porque estaban muy bien entrenados.»

«Marco Antonio, Lépido y Octaviano elaboraron una lista de senadores y ecuestres considerados responsables principales de los idus de marzo, que fueron condenados a muerte o desterrados, además de ser expropiados de sus bienes. El lugar de honor en la lista de proscritos recayó en Cicerón. Los sicarios lo capturaron incluso antes de que los triunviros entrasen en Roma. El orador fue decapitado, pero a diferencia de otros proscritos, su cadáver fue ultrajado de forma especial [...].»

«Mediante estas estatuas, los atenienses agradecían a Bruto y a Casio el haber eliminado a César, que los había humillado después de Farsalia. Atenas había elegido el bando de Pompeyo e, inmediatamente después de la batalla, la ciudad tuvo que doblegarse una vez más ante un romano, enviando rápidamente una embajada a César para implorar su perdón.»

«Mientras los triunviros estaban enfrascados en los preparativos de la guerra contra los cesaricidas, Sexto Pompeyo aprovechó la oportunidad para convertirse rápidamente en señor de los mares. Allí donde los triunviros habían puesto precio a la cabeza de los partidarios de Bruto y Casio, él dobló el precio para salvarles la vida.»

SEGUNDA PARTE. Dichas y desdichas de los triunviros

«Tras vengar a César, los triunviros podían consagrarse a la reconstrucción de la *res publica* y a recompensar a los veteranos. Sus caminos divergían, pero tenían una misión común y complicada: que el proceso de reconstitución y el establecimiento de nuevas colonias de veteranos se desarrollasen sin demasiadas protestas.»

«El poder de los triunviros equivalía al de los cónsules, pero, a diferencia de los poderes extraordinarios de Pompeyo y César, no se trataba solo de un poder militar. Tenían que poner fin a la discordia interna. Teóricamente no reemplazaban a las instituciones

republicanas, pero tenían importantes prerrogativas que evocaban las de la dictadura de César: por ejemplo, el derecho a convocar el Senado.»

«Sócrates de Rodas, autor de una obra sobre las guerras civiles de la que no quedan más que dos fragmentos, dice que Antonio, tras una suntuosa celebración dionisiaca en Atenas, había dado la orden de ser aclamado como un «Nuevo Dioniso» en todas las ciudades.»

«Antonio, cuya actitud respecto a la situación en Italia era bastante ambigua, tuvo que aceptar un compromiso político que le proporcionase carta blanca en Oriente, donde el prestigio de Roma estaba amenazado por los partos. Se trataba de reconfigurar los equilibrios, siguiendo los ejemplos de Pompeyo y César.»

«[...] a sus veintiocho años, Cleopatra se encontraba en el apogeo de su belleza, y Antonio quedó cautivado. En el transcurso de dicho encuentro, inmortalizado por Plutarco y de enorme éxito literario y cinematográfico, de Shakespeare a las series norteamericanas, la reina concibió dos gemelos. Roma no tuvo nada que objetar en cuanto a la relación con Cleopatra, que no era legítima desde el punto de vista del derecho romano y que, por lo tanto, no cuestionaba la unión de Antonio con Fulvia. Además, dicha relación tenía importantes repercusiones políticas y diplomáticas.»

«La experiencia de las guerras civiles había demostrado la importancia de las alianzas con los reyes africanos. En efecto, no hay que olvidar nunca que los reinos «amigos» tenían una vida propia y no eran meros peones de la política romana.»

«No obstante, Octaviano y Antonio no tenían ningún interés en seguir con el conflicto; había que evitar que la situación, que se había hecho caótica después de la caída de Perusa, empeorase definitivamente y afectase a la moral de las tropas. Entre los meses de agosto y septiembre del año 40, terminaron uniéndose. Se dice que sus soldados se negaron a combatir unos contra otros, y que la diplomacia de los representantes de ambos hombres fue particularmente eficaz (por supuesto, las fuentes nos presentan tradiciones revisadas y corregidas a posteriori). Los dos triunviros aprovecharon para neutralizar a Lépido y para expulsar del escenario a los jefes de guerra más débiles o menos afortunados.»

«En aquella misma época, los triunviros se dispusieron a reestructurar el Senado, que había perdido a muchos miembros a causa de la guerra y de las proscripciones. Muchos ciudadanos de origen humilde, pero fieles partidarios del poder de los triunviros, fueron cooptados hasta aumentar a mil el número de senadores. En toda su historia, el Senado nunca había estado tan plétórico y desacreditado, pero no por ello permaneció inactivo.»

«En cuanto a Lépido, no hay que subestimar su papel. La historia transmitida por las fuentes se lee como una especie de guerra fría entre Antonio y Octaviano, mientras que entre los años 40 y 36, el último triunviro prácticamente ha desaparecido del mapa. No obstante, se había convertido en el señor de África y disponía de seis legiones a las que había añadido las cuatro de Sextio, sin avisar a Antonio que las necesitaba en Oriente.»

[...] Además, Lépido podía contar con los ciudadanos romanos residentes en las provincias y crear así nuevas clientelas en la tercera parte del *oikoumenē*. Gracias a él, muchos *sitianos*, antiguos partidarios de Sitio que habían permanecido como dueños de *Cirta*, con una relativa autonomía que duró hasta el 42, obtuvieron la ciudadanía romana. Hasta esta época, había un número limitado de africanos que llevaban el gentilicio de *Iulius* o *Sittius*.»

«Era el verano del 39 a. C., y Sexto, haciendo oídos sordos a las presiones de Menodoro y de Estayo Murco (al que hizo eliminar), propuso una serie de negociaciones y obtuvo condiciones extremadamente favorables: «[Los tres hombres] se pusieron de acuerdo en los siguientes puntos: dejarían de guerrear entre sí tanto en tierra como en el mar y el comercio no quedaría obstaculizado en ningún sitio, Pompeyo desocuparía todas las guarniciones que tenía en Italia y dejaría de acoger a los esclavos fugitivos y de bloquear las costas de Italia con su flota. A cambio, recibiría el gobierno de Cerdeña, Sicilia, Córcega y todas las islas que hasta entonces ocupaba, durante el tiempo que Antonio y César gobernasen los demás territorios; enviaría a los romanos el trigo que dichas islas estaban obligadas a entregar desde hacía tiempo, y recibiría, además, el Peloponeso». [...] Antonio y Octaviano reconocían así la potencia de Sexto. Evidentemente, no tenían la menor intención de respetar sus condiciones, pero de momento no tenían otra elección. La paz con Sexto levantaba el bloqueo del mar Tirreno y permitía el abastecimiento de Italia y de Roma, donde la posición de los triunviros, a causa de la hambruna, era cada vez más insostenible.»

«Gran parte de las victorias romanas de los triunviros se produjeron gracias a antiguos lugartenientes de César, como en el caso de Ventidio Baso en Oriente y en el del consular Cn. Domicio Calvino en Hispania, en el extremo Occidente. Los Alpes, sometidos en el 41 por Lucio Antonio, planteaban pocos problemas, pero los Pirineos requerían la atención de Roma. Desde el siglo II, los romanos tenían dificultades para doblegar a los pueblos hispánicos, sobre todo en las zonas de montaña, como bien atestigua la torre de Sant Martí de Tentellatge, a mitad de camino entre Barcelona y Andorra. Las monedas que Calvino hizo acuñar en *Oscá* (Huesca) son testimonio de una intensa actividad en la región, de la que solo conocemos un episodio que pone de manifiesto la disciplina de hierro del comandante.»

TERCERA PARTE. El fin de una República

«En definitiva, para Antonio, la *imitatio* de Alejandro se limitaba a sus pretensiones de la descendencia divina de Heracles y Dioniso. Sin embargo, su ejército no perdía su identidad romana. En cuanto al propio triunviro, no se encontraba en la corte de Cleopatra ni tenía interés alguno en ofender la sensibilidad de sus oficiales y la de sus soldados italianos. En cualquier caso, habría sido imprudente por su parte mostrar su ejército bajo su verdadera luz: el contingente multiétnico de una coalición romano-egipcia cuya misión era consolidar la entidad geopolítica que había diseñado con Cleopatra. Para la propaganda, los legionarios de los triunviros tenían que aparecer como los vengadores de Craso, que venían a recuperar el honor perdido en Carras. Quien considerase a Antonio como «el último príncipe helenístico», subestimaba su vínculo con los soldados.»

«Mientras Octaviano controlaba el sector occidental de su campaña (las operaciones en los Alpes proseguían bajo la dirección de Mesala), Agripa hizo reparar el acueducto de Aqua Marcia y contribuyó al saneamiento de la ciudad de Roma. Para poner en práctica estas medidas, Agripa, que ya había asumido el consulado, fue nombrado edil: retrocedía en el *cursus senatorial*. Efectivamente, el cargo de edil, que se ocupaba de las infraestructuras y de los juegos, suponía una magistratura sin *imperium*, con prerrogativas menos importantes que las de un pretor o un cónsul. No obstante, hacía falta un gran organizador para resolver una situación susceptible de provocar disturbios.»

«El fracaso de Antonio en el año 36 había disminuido su prestigio en Roma y, en consecuencia, debilitado su posición frente a Octaviano. No obstante, los triunviros continuaron respetando sus acuerdos. En contrapartida, Octaviano le envió tropas para reanudar su campaña en Oriente. Como veremos, esta vez el objetivo era el reino de Artavasdes de Armenia. Entretanto, la unión con Cleopatra progresaba. La pareja había creado una asociación religiosa de inspiración dionisiaca llamada «Vivientes inimitables», dedicada a la práctica de banquetes refinados y suntuosos en los que algunos iniciados buscaban la perfección en una «ebriedad sobria.»»

«Aun siendo el representante de Roma, Antonio exhibía en Alejandría el estilo de los soberanos helenísticos. Se insinuó que había ofrecido a la biblioteca de Alejandría los doscientos mil volúmenes de la de Pérgamo, su rival.»

«La ocupación de Armenia consolidó la posición de Antonio en Oriente, que se preocupaba cada vez más por las maniobras de Octaviano. Este, en las sesiones del Senado o ante el pueblo, replicaba a las críticas de Antonio, quien, tras la muerte de Sexto Pompeyo, había comprendido que la marginación de Lépido suponía un peligroso precedente. Por su parte, Octaviano respondía que «había puesto término a las funciones de Lépido a causa de sus abusos insolentes; lo que había conquistado mediante la guerra, lo compartiría con Antonio cuando este compartiera Armenia con él.»»

«Por supuesto, no hay que subestimar las razones políticas de la relación entre Antonio y Cleopatra. Había que establecer un vínculo menos unilateral, y sobre todo menos arrogante, con la potencia económica de Egipto y su influyente soberana, subrayando esta polaridad entre Roma y Alejandría que había caracterizado todo el período helenístico.»

«No obstante, esto no basta para entender por qué varios historiadores modernos siguen tomando casi al pie de la letra los argumentos relativos a la campaña de desinformación contra Antonio. Probablemente, porque resulta difícil apreciar a este personaje. Sin duda, Octaviano era más implacable que él, y a menudo mucho más cruel. Pero Antonio era el responsable principal de la muerte de Cicerón, el defensor de los valores republicanos.»

«A comienzos del año 32, el triunvirato llegó a su término, mientras que la alianza romano-egipcia empezaba a tomar un rumbo que no era del agrado de Octaviano. Al parecer, Antonio habría reconocido oficialmente el matrimonio de Cleopatra con Julio César, convirtiendo así a «Cesarión» en legítimo heredero del dictador. En cualquier caso, el acuerdo entre Octaviano y Antonio estaba condenado tarde o temprano a la ruptura.»

«La propaganda de Octaviano presentaba a Antonio como un hombre totalmente sometido a Cleopatra, bajo la influencia del alcohol y la droga, poco preocupado por su papel de representante de Roma, e incluso dispuesto a trasladar la capital a Alejandría. Recordando la guerra civil entre César y Pompeyo, Antonio actuó para controlar Italia. En efecto, si perdía el consenso en la península, aparecería a ojos de los romanos como un tirano y un enemigo público, sin mencionar que sus aliados orientales no serían de gran ayuda. Había llegado la hora del ajuste de cuentas.»

«[...] los partidarios de Antonio cometieron el mismo error que Pompeyo, quien, después de que César cruzase el Rubicón a comienzos del año 49 a. C., abandonó Roma, instando a los cónsules y a los senadores fieles a hacer lo mismo. En el 32, los dos cónsules eran C. Sosio y Domicio Enobarbo. Ambos salieron de Roma con un grupo de senadores (unos trescientos de mil): Antonio, que se encontraba en Éfeso, los reunió en una especie de Senado alternativo para declarar la guerra a Octaviano. [...] Después, tras marcharse a Atenas, repudió oficialmente a Octavia. Octaviano no podía pedir más: eso le permitió confirmar que Antonio servía a los intereses egipcios.»

«Había llegado el momento de montarse al carro de quien ahora se perfilaba como futuro vencedor. Se preparaba la guerra contra Cleopatra, pero en realidad lo que se reanudaba era la guerra civil.»

«La apertura del testamento de Antonio, aunque ilegal, resultó una maniobra eficaz. Algunos partidarios de Antonio, que habían empezado a dudar de él a raíz del fracaso de la campaña contra los partos en el año 36 a. C., ahora tenían un excelente pretexto para cambiar de bando y salvar su honor.»

«La vigilia de la batalla, en el discurso dirigido a las tropas, Octaviano recordó a sus soldados que iban a combatir contra «alejandrinos y egipcios esclavos de una mujer y no de un hombre». En cuanto las condiciones fueron favorables, ambas coaliciones se enfrentaron en el mar, mientras sus tropas de infantería observaban con atención la evolución.»

«Pese a que las dos flotas tenían una configuración casi idéntica, la de Octaviano era significativamente más numerosa. Dada la situación, la flota egipcia decidió retirarse. Muy probablemente se trataba de una retirada estratégica, pero según una fuente cercana a Augusto particularmente subjetiva, transmitida por Dion Casio, Cleopatra se habría cansado de esperar el resultado de la batalla. Esta maniobra provocó confusión en la formación de Antonio, pese a no tener demasiadas víctimas.»

«Tras una breve resistencia, Antonio se retiró para morir en «su» Alejandría. Se acercaba el momento de la capitulación.»

«Con la victoria de Octaviano, Roma se convertía en dueña y señora de Egipto. Cleopatra trató, en vano, de negociar con él. También ella se suicidó.»

«La identidad romana de Antonio fue sacrificada por razón de Estado. Por lo demás, Accio había sido una victoria «sobre los egipcios», y conservó una gran resonancia en el imaginario de los romanos. De los tres triunfos concedidos a Octaviano por el Senado y celebrados en el año 29 a. C., el de la victoria sobre Egipto fue el más fastuoso y colorido. Esto contribuyó, posteriormente, a la difusión de una «egiptomanía» en las artes figurativas: unos quince años después, el rico senador C. Cestio, antiguo pretor vinculado a Agripa, se hizo construir una tumba, justo fuera de la ciudad de Roma, en forma de pirámide.»

«Oficialmente, en Roma, la batalla de Accio había sido una guerra exterior contra Egipto: de hecho, fue una mezcla de guerra exterior y de guerra civil. En pocas palabras, una guerra mundial.»

CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Erica Aspás (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
689 771 980 / easpas@planeta.es

